

Luis Villoro

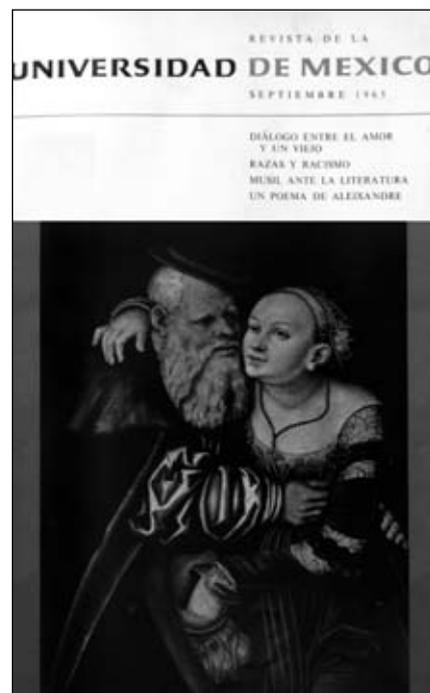
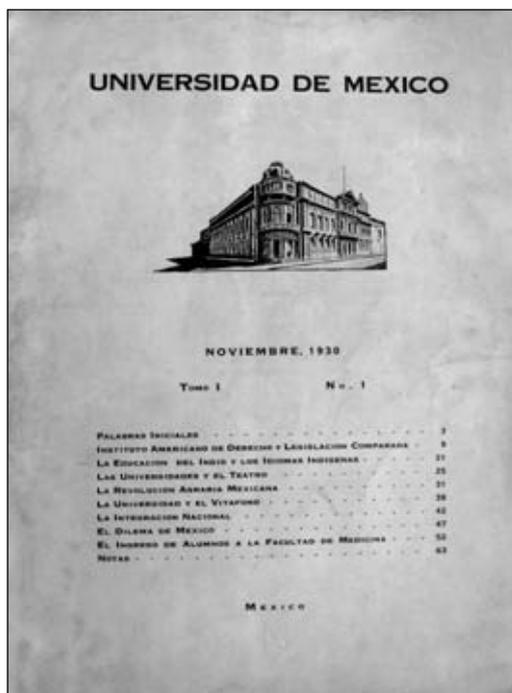
Varia lección

Edgar Esquivel

En septiembre de 1965, hace cuarenta y siete años, Luis Villoro tomó las riendas de la *Revista de la Universidad de México*. El autor de *Los grandes momentos del indigenismo en México* asumió dicho encargo cuando estaba por cumplir la edad de cuarenta y tres años. Para entonces, su ya reconocida trayectoria académica, aunada a la predisposición por evidenciar que la riqueza del conocimiento acrecienta nuestra capacidad de asombro por los hechos de la imaginación y la razón, tendrían una proyección adicional desde las páginas de una publicación que había logrado consolidar en los años previos una referencial presencia en el mundo cultural del país.

Sucede, a decir de Alejandro Rossi, que efectivamente *la filosofía es algo más que una buena conciencia o una santa indignación*, y dados el perfil, la experiencia y el amplio horizonte intelectual de don Luis es fácil comprender que pugnara porque la *Revista* tuviera continuidad después de la culminación de la etapa de don Jaime García Terrés como director. Existían las condiciones —institucionales y creativas— para seguir procurando aquella identidad editorial forjada al calor de una época que por momentos parece delineó por sí sola los contenidos y a sus autores.

Maestros que protegen e imponen la memoria: no fue un periodo extenso el que Villoro dirigió la *Revista* (ocho números y cuatro más bajo una responsabilidad compartida), pero sin duda fue un claro ejercicio de magisterio (el impreso) que veló por un equilibrio entre las humanidades y las ciencias. Así, con una cortesía que le es propia escribió la nota editorial correspondiente a aquel su primer número aludiendo al “comienzo de otra etapa transitoria en la



continuidad de una larga tarea”, misma que venía desde 1930, cuando apareció en noviembre de ese año una publicación denominada *Universidad de México, órgano oficial de la Universidad*, dirigida por Julio Jiménez Rueda. Acoto al margen que fue posible constatar lo anterior gracias a la pericia y generosidad del historiador y cronista Guillermo Tovar de Teresa, erudito y maestro también, quien recientemente donó al acervo de la *Revista de la Universidad de México* ejemplares de esa época.

Los distintos cargos y acciones emprendidas por Luis Villoro en el ámbito de la promoción cultural no han sido una faceta alterna, separada, de su labor académica; ambas son formas de transmisión del saber. Al contrario, la reflexión filosófica y la devoción por la historia o el pensamiento le han permitido compaginar lo diverso de sus intereses y afinidades con una férrea convicción de poner o ganar “franquía para todas las ciencias y apertura a todas las ideas”. A pregunta expresa de George Steiner sobre las lecciones de los maestros (*¿pueden, deben*

sobrevivir al embate de la marea?), vale argumentar que la labor editorial fue ideal para potencializar la vocación de Luis Villoro de batirse, sin pretensión, por una sociedad no fallida, *que honra a sus maestros* y enseñanzas, aun bajo los dictados de un *beneficio desenfundado* que es inherente a las sociedades modernas. Ésa es una lección suya, otra más, sobre el fundamento de una ética de la política: la celebración de la inteligencia y la creación.

A propósito de los noventa años de Luis Villoro, y los ochenta y dos que cumple la *Revista de la Universidad de México* —nacida al año siguiente de que se logró la autonomía universitaria—, resulta pertinente hacer eco, de nuevo, a Steiner: *ningún medio mecánico, por expedito que sea; ningún materialismo, por triunfante que sea, pueden erradicar el amanecer que experimentamos cuando hemos comprendido a un Maestro. Esa alegría no logra en modo alguno aliviar la muerte. Pero nos hace enfurecernos por el desperdicio que supone. ¿Ya no hay tiempo para otra lección?* **U**